

El pacto infernal

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Farsa humorística en dos cuadros.

— I —

UBICACION. El día en que Lucas Mora y su linda esposa Mireya Dulce de Mora, comprendieron que estaban arruinados, el impulsivo Lucas estuvo a punto de pegarse un tiro. No lo hizo por dos razones: porque había olvidado su revólver en la oficina y porque detestaba el olor de la pólvora. Frente a la catástrofe irreparable, encontramos ahora a la aristocrática pareja en el desmantelado salón de su mansión, mientras llegan los funcionarios del lanzamiento:

Mireya (rencorosamente)—Lo único que me maravilla es que lográramos mantenernos a flote tanto tiempo. Jamás en mi vida conocí a nadie tan estúpido para manejar sus asuntos como tú...

Lucas (sarcástico)—Te concedo la razón, amor mío... La primera demostración de estupidez la di, seguramente, el día en que decidí casarme contigo.

Mireya—La estupidez fue mía. Pero por mi parte hay el atenuante de que yo no solo creía que tú eras un hombre rico sino un hábil especulador.

Lucas—Como ricos, lo éramos... Yo al menos. Seguramente seguiría siéndolo sin tu rastacuerismo y tu ridícula prodigalidad...

Mireya (despreciativa)—Y eres tú quien habla de prodigalidad...

Lucas (vindicador)—Sí, preciosa... Yo que pagué tus zorros plateados y tus abrigos de mink... Yo que cubrí las cuentas de los modistos de París y los joyeros de Amsterdam... Y organicé a todo costo tu célebre safari de tres meses con cien personas y veinte elefantes, por tierras del Africa Central... Yo que...

Mireya (interrumpiendo)—Tú que estrellabas un coche hispano-suizo cada semana en tus depravadas orgías...

Lucas—Tú que perdías medio millón de dólares en Montecarlo como quien pierde un pañuelo en un juego de prendas.

Mireya—Y tú, que te marchabas a los Balcanes en yate propio con aquella célebre princesa Yadira, que tenía tanto de princesa como yo de domadora de tigres...

Lucas—Y tú, una señoritinga de pueblo, que una vez en Nueva York tuviste la pretensión de querer ganar el concurso de la mujer mejor vestida del mundo...

Mireya (triumfante)—Y estuve a punto de ganarlo a pesar de estar casada con un mentecato de Suramérica que se paseaba por la Costa Azul luciendo guayaberas antillanas y sombreros de Panamá.

Lucas (nostálgico)—Unos sombreros y unas guayaberas que tuvieron mucho éxito entre las damas, aunque a ti te pese... ¿Tienes un cigarrillo?

Mireya—Sí, me quedan dos...

(Breve pausa. Encienden los cigarrillos).

Lucas (conciliador)—Quizá haríamos mejor en abandonar todas estas inútiles recriminaciones. ¿No te parece?

Mireya (contemporizando)—Es la única cosa sensata que has dicho desde el momento en que iniciamos esta conversación.

Lucas—Y si quieres que te diga la verdad, el único culpable de nuestra bancarrota soy yo.

Mireya (sincera)—De ninguna manera... Yo tuve tanta culpa como tú... Yo me compré zorros plateados y abrigos de mink y gasté una fortuna con los modistos de París y los joyeros de Amsterdam.

Lucas (contrito)—Yo que destrozaba un coche hispano-suizo cada semana en mis depravadas orgías...

Mireya (heroica)—Yo que perdí en Montecarlo medio millón de dólares...

Lucas—Yo que me embarqué en ese estúpido viaje a los Balcanes con aquella princesa Yadira, que no era ni la mitad de bonita que tú...

Mireya (contrita y humillada)—Y yo, pobre de mí, que pretendí ganar un concurso de elegancia en Nueva York (solloza desconsolada).

Lucas (conmovido)—No llores, bonita... Los dos somos un par de imbéciles.

Mireya (suspirando)—Gracias por lo que me toca, amor mío.

Lucas—¿No se te ocurre nada que pudiéramos hacer para arbitrar dinero?

Mireya (esperanzada)—Sí, se me ocurre algo. En eso he venido pensando hace varios días...

Lucas (interesado)—¿De qué se trata?

Mireya (decidiéndose)—Le podríamos vender nuestras almas al diablo.

Lucas—Efectivamente. Podría ser una solución.

Mireya (cariñosa)—El diablo estaría encantado contigo...

Lucas—Y contigo, alma mía... El infierno sería un ambiente muy apropiado para tu belleza.

Mireya—Y para tu crapulosidad.

Lucas (pensativo)—¿De qué modo podríamos entendernos con el Diablo?

Mireya (gravemente)—Nunca te lo había dicho. Pero yo tengo una fórmula infalible para hacer comparecer a Satanás... Me la dio una hechicera en Marruecos hace cosa de un año.

Lucas—¿Cuánto pagaste por ella?

Mireya—Mil dólares.

Lucas (convencido)—Entonces debe ser buena, porque mil dólares son una suma apreciable... ¿Es complicada la fórmula?

Mireya—Todo lo contrario, sumamente sencilla. Se reduce a una simple invocación, cuyas palabras exactas me enseñó la hechicera... ¿Quieres que hagamos la prueba?

Lucas—Creo que vale la pena.

Mireya—Está bien. Vamos a hacer la invocación... Tú no preguntes nada. Limitate a hacer lo que yo te diga.

Lucas—Perfectamente.

Mireya—Aquí tienes un pedazo de tiza... Traza en la mitad del salón un círculo dentro del cual quepamos los dos.

(Breve pausa).

Lucas—¿Así?

Mireya—Eso es... así... un poco más amplia... Muy bien... Cierra completamente el círculo.

(Pausa).

Lucas—¿Así?

Mireya (critica)—No te ha quedado muy perfecto... Pero no importa. Creo que así servirá lo mismo.

Lucas (interesado)—¿Y vas a hacer ahora mismo la invocación?

Mireya—Ahora mismo. Es necesario que sepamos de una vez a qué atenemos.

Lucas—De acuerdo.

Mireya—Debemos tener en cuenta todos los detalles... ¿No llevas contigo alguna reliquia sagrada? ¿Alguna cruz, por ejemplo?

Lucas—Nada de reliquias sagradas... Solo unas dos cruces de Wasserman.

Mireya (irónica)—Me lo figuraba. Pero esa clase de cruces no creo que le desagraden a Satanás. Hasta creo que le gusten.

Lucas—Es posible.

Mireya—Bueno: vamos a la invocación... Tómame de la mano y no me sueltes mientras esté pronunciando el conjuro... Hay que estar siempre en la mitad del círculo, ¿entiendes?... ¿Listo?

Lucas—Listo.

Mireya—Tiende las manos hacia adelante, con las palmas abiertas y los dedos extendidos... Ahora repite mis palabras.

Lucas—Puedes comenzar.

Mireya (sibilina)—Aquí estamos nosotros, señor Satanás...

Lucas—Aquí estamos nosotros, señor Satanás...

Mireya—Lucas Mora y Mireya Dulce de Mora...

Lucas—Lucas Mora y Mireya Dulce de Mora...

Mireya—Mayores de edad y de este municipio...

Lucas—Mayores de edad y vecinos de este municipio...

Mireya—Con cédula de ciudadanía, libreta militar, tarjeta de vacuna y carnet del Directorio...

Lucas—Con cédula de ciudadanía, libreta militar, tarjeta de vacuna y carnet del Directorio...

Mireya—Para invocaros, señor Satanás, con todos vuestros poderes y prerrogativas...

Lucas—Para invocaros, señor Satanás, en la forma en que acaba de decir mi señora esposa.

Mireya—En virtud de las palabras claves que no pueden decirse y de los deseos que no pueden expresarse.

Lucas—Exactamente.

Mireya—Presentaos pues, señor Satanás.

(Larga y ominosa pausa).

— II —

Satanás (satánicamente)—Buenas tardes.

Mireya (tímida)—Buenas tardes...

Lucas (jovial)—Vaya un modo aparatoso el que tiene usted para presentarse en escena... Francamente hablando, mi querido señor Diablo, no veo la necesidad de que usted le ponga tanta música a una entrevista con personas de confianza como Mireya y yo.

Satanás (disculpándose)—Quizá tenga usted razón, mi buen amigo. Me doy cuenta de que estos rituales míos van resultando ya un poco anticuados.

Mireya (amable)—Sus razones tendrá usted para mantenerlos.

Satanás (agradecido)—Exactamente lo que usted dice, señora. Después de todo lo que se ha dicho de mí, de mis sistemas y de mi modo de actuar, lo menos que puedo hacer es darle alguna solemnidad a mis presentaciones.

Lucas—Pero hay que confesar —y usted perdone— que toda esa espectacularidad suya ya no impresiona a nadie.

Satanás (melancólicamente)—Es posible que tenga usted razón.

Mireya (a Lucas con disgusto)—Pero es, por lo menos, una descortesía que tú tengas la frescura de decírselo al señor Satanás en sus propias barbas.

Lucas (sonriendo)—En sus propios cuernos, querrás decir.

Mireya—Como quieras. Naturalmente, a ningún hombre, y menos al Diablo, ha de gustarle que haga alusión a sus cuernos...

Satanás—Qué amable es usted, señora...

Lucas (disculpándose)—De ningún modo he querido mortificarlo, señor Diablo. Mireya, que me conoce, sabe muy bien que por naturaleza soy hombre jovial y chancero. Además, puesto que vamos a tener negocios...

Satanás (displicente)—¿Negocios dice usted?

Lucas (cauteloso)—Sí, señor... Se trata de nuestras almas... ¿Quieres tú, Mireya, decirle al señor Satanás qué es lo que deseamos proponerle?

Mireya (amable)—Para hablar concretamente... Deseamos venderle nuestras almas.

Satanás (extrañado)—¿Las almas de ustedes dos?

Mireya (convinciente)—Sí, señor. Son dos almas inmortales en perfecto estado de uso.

Satanás (despectivo)—Vaya unas almas...

Lucas (resentido)—Aunque usted hable de ellas tan despectivamente, le digo que son excelentes y que durante toda la vida nos han servido del modo más regular y efectivo.

Mireya (calurosa)—De ello le respondo, señor Satanás. El alma mía, por ejemplo, sería una buena adquisición para usted.

Lucas (enfático)—De eso iba a hablarle, precisamente. Puede usted estar seguro de que el alma de mi esposa, aquí presente, haría un magnífico papel en su más selecta legión de condenados.

Satanás (galante)—No digo que no.

Lucas (susceptible)—¿Y la mía? ¿Es que la mía no le interesa?

Satanás (tediosamente)—Prefiero confesarles con entera franqueza que no estoy interesado. La verdad es que el tiempo no está para nuevas inversiones.

Lucas (exasperado)—Pero es absurdo lo que usted dice.

Mireya—Desde luego que es absurdo, señor Satán. Cómo se le ocurre...

Satanás (galante)—Lo siento por usted, señora... ¿Cómo me dijo antes que era su nombre?

Mireya—Mireya Dulce de Mora.

Satanás—Bien. Lo siento por usted. Me desagrada parecer desatento con las señoras. Pero si he de ser sincero, tengo que decirle que ni su alma ni la de su señor marido me interesan un pito.

Lucas—¿Qué dice usted?

Mireya (furiosa)—Es el colmo.

Satanás (conciliador)—Les suplico que me dispensen. Sobre todo usted, señora. El negocio mío ha venido muy a menos en los últimos tiempos. Quizá sea que me voy volviendo viejo...

Mireya (aduladora)—¿Viejo, dice? No, hombre... Si se conserva usted tan joven como siempre.

Lucas—Claro está. El mismo Satanás de las viejas estampas, con toda su prestancia. Con su tremenda mirada... ¡Cómo dijéramos!

Mireya—Con su mirada satánica.

Lucas—Eso es. Y con su estupenda cola roja y vibrante, terminada en aguda zaeta... ¡Quién fuera usted que no envejece nunca!

Satanás (después de un profundo suspiro)—Eso cree usted, amigo... Pero la verdad implacable es que ya estoy viejo... Y sobre todo, cansado y escéptico. Soy lo que se llama un pobre diablo.

Lucas—Quién lo hubiera imaginado...

Mireya—Después de una propaganda de tantos siglos...

Satanás—Eso es lo triste, señora. Pero hay más todavía... Mi prestigio se ha resentido mucho de cierto tiempo para acá.

Mireya (compasiva)—¿Qué quiere usted decir?

Satanás—Lo que oye. Mi nombre ya no asusta a nadie. Gentes abusivas se atreven a usarlo, inclusive, para designar insecticidas y otros odiosos menjurjes... Plagian mi figura para alborotar entre gente plebeya, en tiempo de carnaval... Usan mi efigie sin permiso en etiquetas y estuches equívocos...

Lucas—Ciertamente es un irrespeto incalificable.

Mireya—Y una evidente falta de temor del Diablo.

Satanás (amargamente)—Ustedes me dispensarán si llego a parecerles desatento y falto de cordialidad. Pero la verdad es que estoy harto.